

Viernes 15 de Octubre de 1920

!LA CIENCIA NO SE EQUIVOCA!

Si la lectura de los últimos descubrimientos del doctor Voronoff- ese Fausto moderno que, gracias al injerto de ciertas glándulas de mono, transforma en jóvenes a los ancianos,- me traía preocupado, la noticia de las nuevas experiencias de su discípulo, el profesor Huxley, vino anoche a colmarme de estupefacción.

Con la indiferencia con que se da cuenta del estado del tiempo, la caída de un Ministerio, o una evasión de reos en el sur, la crónica publicaba la noticia:

"Aprovechando los estudios realizados por el doctor Voronoff, un sabio inglés, Mr. Julian Huxley, ha podido transformar completamente un axolott, animal acuático, en un animal muy diferente y anfibio. Este animal no vive ordinariamente sino en el agua, y está provisto de bronquios que le permiten respirar. Mezclando extracto de glándula tiroide de buey a su medio nutritivo, Mr. Huxley ha logrado transformarlo completamente, dotándolo de verdaderos pulmones, gracias a los cuales puede perfectamente vivir fuera del agua. La experiencia comenzó el 30 de Noviembre lo 1919; el 19 de Diciembre siguiente, o sea veinte días más tarde, el axolott transformado salió del agua para saltar sobre un soporte!"

La noticia de esta anguila, que a las pocas semanas de ingerir, por descuido, el extracto de glándula tiroide de buey, respira, sale del agua, y por poco da cornadas, no es en modo alguno tranquilizadora.

De mí puedo decir que si la lectura de ese párrafo no me coge después de un día entero de trajines, me hace pasar la noche en blanco; pero me dormí. ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho!

... ..

Me encontré de repente sentado en un sillón de alto respaldo, ante una mesa plagada de actas y escrutinios de la elección presidencial, y entre seis caballeros, respetables y graves, que discutían como locos el resultado de las urnas.

Ignoro cómo supe que sin otro motivo que mi encarnizamiento en contra del candidato de la Alianza, había sido nombrado por la Unión Nacional para dar un fallo desapasionado y sereno sobre la elección.

La Alianza había puesto frente a mí al señor Briones Luco, que votaba como una tabla en contra de don Luis Barros Borgoño, y faltando a la modestia, debo declarar que yo no lo hacía peor que él cada vez que se trataba del señor Alessandri.

De pronto sentí una aguda picadura en la espalda.

No di importancia al caso, porque hacía poco rato que había estado a mi lado un caballero demócrata, testigo de la elección en una mesa de Chanco, pero luego comencé a experimentar una extraña sensación, seguida de vahidos semejantes a los que causa la altura. A ratos creía hallarme de ministro, a ratos de senador, luego sentía que me flaqueaba el cerebro, en tanto que una voz suave e insinuante me decía que iba a ser presidente, sí señor, presidente, presidente de la República de Chile... y una extraña rectitud se apoderaba de mi espíritu.

Yo miraba con angustia a los señores Quezada y Briones Luco y a mi amigo don Abraham, que seguían impertérritos votando cada uno como una tabla...

Empecé a votar en conciencia; y los dos candidatos quedaron casi iguales; pero mi espíritu seguía conturbado. Entonces no pude más; me aparté a un rincón de la sala e invoqué al Espíritu Santo para que me iluminara y descendiera sobre mí en forma de lenguas, lo mismo que en el Cenáculo.

Esperé un rato y no descendió otra lengua que la de don Miguel María Cruz. Mas, ya estaba lanzado por el camino de los fallos en conciencia; los honores me seguían haciendo muecas diabólicas; pedí la revisión de algunas mesas, y logré que fuera ungido don Arturo.

Pero la picadura de la espalda me seguía molestando lo mismo que la frase que me valió ser nombrado árbitro: "No habrá tribunal del mundo que dé el triunfo a Alessandri".

Desesperado con el escozor, me fui a consultar a un médico - ¿a qué voy a nombrarlo?

En dos palabras lo impuse de mi caso.

El doctor suspiró.

-¡Malo, malo! Permítame observar la picadura... Amigo, me lo temía! ¿Ha leído usted algo sobre el descubrimiento de inyecciones de extracto tiroideal del doctor Huxley? Pues bien, mi amigo, usted no ha sido víctima de ningún insecto. Algún médico aliancista se ha deslizado furtivamente en la sala, mientras usted estaba preocupado, y le ha puesto una inyección... De seguro ha andado en esto mezclado Manuel Rivas. Usted ha sufrido los efectos del extracto de glándula de camaleón... y por eso cambió de color político.

Yo estaba consternado.

-¿Pero es posible, doctor?

-La ciencia médica progresa día a día, y ya no hay que alarmarse de los fenómenos más inverosímiles.

Hace tres días no más, en mi especialidad de frenólogo, he tenido ocasión de observar un fenómeno extrañísimo en el presidente electo.

-¿Alguna inyección de extracto de glándula de león?

-No, hombre, no. Usted sabe que desde hace mucho tiempo soy el médico de cabecera de Arturo. Puedo decirle, sin jactancia, que después de Rafael Maluenda, soy la persona que conoce a fondo hasta sus más íntimos pensamientos... y, sin embargo - esto es sólo para nosotros, - no lo creía un estadista. Me fundaba para ello, más que en nada, en la conformación del cráneo: frontal liso, parietales deprimidos; en fin, no voy a cansarle a usted con detalles. Algunos centros, bien desarrollados. "Onomatofia", espléndida - mucha palabra, si usted quiere; - "glosomacia", regular; pero poca "concienciosidad", amor del deber, de la verdad, del formalismo.

Y, sin embargo, como le iba diciendo, hace tres días sorprendí un cambio completo en su cerebro. En su frente pude constatar una protuberancia marcadísima que antes no tenía y que corresponde, sin duda, a la localización del instinto de gobierno. Me informé, y supe que pocos días antes había publicado un manifiesto perfectamente razonable, se había negado a asistir a los funerales de un estudiante procesado de subversivo, y a dar el puesto de director de la Caja Hipotecaria a don Belfor Fernández... Otro hombre, en una palabra.

-Pero, doctor - no pude menos de observar, - usted se encuentra en un profundo error: si esa protuberancia de que me habla, es un "chichón" producido por un golpe en automóvil.

-¿Qué me habla usted? - me dijo el médico, un tanto contrariado. - ¿Con que Arturo ha sufrido una caída? Nadie me lo había dicho. Por otra parte, no me extraña mi ignorancia en esas cosas, porque el estudio de mi especialidad me deja poco tiempo para imponerme de la prensa.

-Sí, doctor, insistí; usted está en error: se trata sólo de un vulgar "cototo", y su teoría se viene por los suelos.

El doctor se puso serio.

-En modo alguno. Todo lo contrario: ese golpe de que me habla, no hace sino confirmar mi teoría. Quiere decir, simplemente, que, debido a su lesión cerebral, Arturo ha adquirido, de repente, las

dotes de gobernante. ¡Si, señor; de gobernante tan serio, tan respetable y talentoso como no ha habido nunca otro en Chile. ¡La ciencia no se equivoca! ¡No puede equivocarse!

Y dió un golpe feroz sobre la mesa.

A pesar de él.. seguí durmiendo... acaso tan tranquilo como, ahora, mis pacientes lectores.

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile